

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES

María Laura Dedé

COLECCIÓN 2019 - CUENTO Nº 1

LA ROSA

BLANCA

MARÍA LAURA

DEDE

Ese martes, llegué más tarde al cementerio. Lo supe ya de camino, porque las sombras, que siempre terminaban justo en el cordón de la vereda, ahora se extendían dos metros, dos metros y medio más, sobre el asfalto.

Desde que me había mudado, siempre cruzaba el cementerio por dentro para ir al trabajo. Como trabajo de noche, el cementerio lo atravesaba al atardecer. Hacía ochenta y tres días que cruzaba el cementerio al atardecer.

Hacía ochenta y tres días que no tenía paz. No tenía paz, no tenía paz, no tenía paz. No tenía descanso. No por el cementerio o por las tumbas, sino por la rosa.

Ese martes, el portón grande estaba cerrado. Pero a su lado había una puerta más baja que pude atravesar sin problemas.

Pasé una tumba, dos, tres. Tumba, tumba, tumba. Por fin llegué a la que buscaba, la que hacía ochenta y tres días me detenía a mirar. La tumba de la rosa blanca.

Era de piedra. Parecía sucia, vieja, abandonada. La lápida estaba levemente caída, como colocada al descuido, como si alguna vez hubiera habido un terremoto –solo allí– o quizás, como si alguien –o algo– hubiera hecho fuerza desde adentro, desde abajo.

NO TENIA PAZ NO TENIA PAZ
NO TENIA DESCANSO



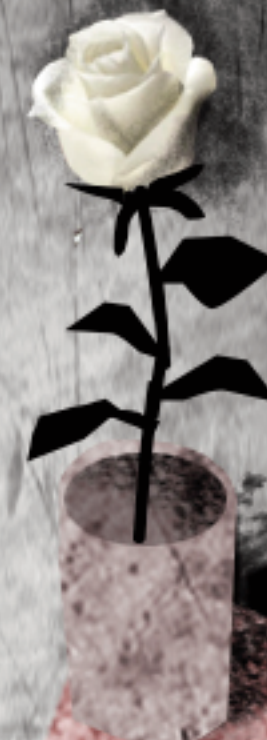
Tenía verdín en las juntas de las piedras. Tenía una fecha: 1922. El año en que se había muerto el muerto. ¿Su nombre? No se veía. Estaba raspado. Tachado con un cuchillo.

Hacía ochenta y tres días que no tenía paz. No tenía paz, no tenía paz, no tenía paz. No tenía descanso. No por el nombre o por la tumba, sino por la rosa, blanca, fresca, rozagante, en un florero sin agua y en una tumba completamente abandonada. Parecía tan suave... ¿era la misma siempre, o siempre otra? Imaginé que era siempre otra por la falta de agua del florero y porque había pétalos alrededor del sepulcro y sobre él. Pétalos de rosa blanca, pero muertos. También tallos resecos.

¿Quién ponía una rosa, en esa tumba y para qué?

No, no, no..., no tenía paz, no tenía paz, no tenía paz. No tenía paz, no, no... no tenía descanso. Hacía ochenta y tres días que pensaba en esa rosa blanca, fresca, siempre otra.

Ese martes llegué más tarde al cementerio, por eso vi lo que pasaba. Vi cómo un pétalo de la rosa blanca caía sobre la piedra inerte de la sepultura. Y vi también que al contacto con la piedra, inmediatamente se marchitaba.



1856.1922

SEÑOR
ROMUALDO
ABELARDO
LEGAZPI

NO TENIA PAZ | NO TENIA PAZ
NO TENIA DESCANSO

No tenía paz, no tenía paz, no tenía paz. No tenía descanso. ¿Quién ponía una rosa, en esa tumba, y para qué?

Después cayó el segundo pétalo y el tercero. Pétalo, pétalo, pétalo. No tenía paz, no tenía paz, no tenía paz. Pétalo, pétalo; no tenía paz. No tenía descanso. ¡Tenía que tocarla! Parecía tan suave... Prometía el paraíso.

Acerqué mi dedo índice al último pétalo blanco que quedaba. Al rozarlo, el pétalo cayó sobre la tumba y mi dedo –mi dedo índice– también. No me dolió.

No fue doloroso. Después cayeron el dedo mayor y el pulgar. Cayó el anular, cayó el meñique. Dedo, dedo, dedo, dedo... Pude ver, no sin espanto, que mis dedos caídos al contacto con la piedra, también se marchitaban.

Primero se pudrían, luego se resecaban. Al cabo de unos instantes –no podía dejar de mirarlos– sobre la piedra inerte del sepulcro solo quedaban los huesos.

Ya sin carne, ya sin huesos, se desprendió muerto mi brazo. Y el otro. Cayeron los dos. Después cayó mi cabeza y rodó vaya a saber dónde.

Ya no veía.

No vi mi torso ni mis rodillas, que –sentí– que se doblaban y chocaban contra el suelo, suplicantes. ¿Seguía siendo yo? Ya no sentía. No sentía pero supe, por fin, el secreto de la rosa blanca. Supe, por fin, quién ponía una rosa blanca en esa tumba y para qué.

Ahora ya tengo paz, ya tengo paz, tengo descanso. Ahora, sí, por fin, puedo descansar en paz.

DESCANSAR EN PAZ

